

El padre Avila se presentó en aquel lugar ordenándole que cesase en aquel género de vida, lo que obedeció Juan con la mayor prontitud, quedando todos maravillados y admirados de su humildad, y al mismo tiempo edificados al ver la caridad con que determinó quedarse en aquel asilo de desgraciados para asistir á los enfermos.

Hemos de observar ahora, M. A. O., pero con ojos verdaderamente cristianos, cómo Juan de Dios lleva á cabo una obra colosal que hubiera asustado á génius gigantescos, y esto sin recursos de ninguna clase, y sin otros auxilios que los de la Providencia. La fé hace prodigios cuando va animada por el fuego activo de la caridad. Deseando ponerse bajo la proteccion de la Santísima Virgen, á la que siempre habia profesado una tierna devocion, hizo una pequeña escursion al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde recibió las mas singulares gracias: Allí ante aquella prodigiosa Imágen de la Protectora benéfica de la humanidad y por consejo de su director el maestro Avila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

No bien ha hecho Juan de Dios la promesa, cuando vuelve á Granada, siendo su primer cuidado buscar un lugar á propósito para recoger y cuidar por sí mismo á los enfermos abandonados y á cuantos pobres encontrase. El mundo, señores, que está siempre dispuesto á hacer objeto de sus burlas todo lo que es verdaderamente grande y no está al alcance de la menguada inteligencia humana, se hubiera reido de los proyectos de Juan de Dios. Un hombre pobre, que carece de todo humano recurso, ¿cómo podrá llevar á cabo empresa tan colosal como la que

se propone Juan de Dios? Los que de esto se estrañan ni tienen fé, ni conocen cuanto ayuda al hombre la divina Providencia, cuando se propone en sus obras la gloria de Dios y el bien de sus semejantes. No me habéis de esa caridad conocida con los nombres de beneficencia ó filantropía. La caridad verdaderamente cristiana, que es la que no busca su propio provecho, como dice el Apóstol, es la que obra maravillas. Observadlo en Juan de Dios, ó mejor diré, contemplad esa orden hospitalaria que lleva su nombre y que se ha extendido en todos los países católicos: entrad en esos asilos del dolor donde vereis multitud de enfermos asistidos, amparados y tratados con la mayor caridad por unos hombres que gustosos sacrifican su reposo y hasta la propia salud y la vida, que son los dones mas estimables que hemos recibido de las manos del Señor, por su amor á sus semejantes. Entonces no podreis menos de preguntar: ¿Quiénes son estos hombres tan llenos de misericordia, que así se sacrifican en favor de sus hermanos? Son, señores, los hijos de Juan de Dios, de ese varon evangélico que quiso identificarse con todos los padecimientos y amarguras de sus hermanos. En buen hora, existan en el mundo ricos llenos de ambicion y de egoismo que embriagados en los placeres de la sociedad no paren mientes en que existen seres desgraciados que sufren las mayores angustias, y á los que podrian favorecer con lo que dilapidan en festines, en lujo y ostentacion. Estos no conocen el espíritu del cristianismo. ¿Seres desgraciados que venden la feliz inmortalidad por goces de cuatro dias! Veamos ahora el origen de ese instituto religioso que tantos dias de gloria ha

dado á la Iglesia y que tanto bien hace á la humanidad.

Juan de Dios, lleno de fé en la Providencia, sin contar con recurso alguno humano, ni aun el apoyo de persona alguna, á escepcion de la del maestro Avila, que dirigia su conciencia, alquila una casa que convierte en hospital, recogiendo en ella á cuantos pobres enfermos encontrara abandonados. Por sus mismas manos curábales las heridas, les arreglaba y aseaba los lechos, al tiempo mismo que los consolaba y animaba. Al poco reunió algunos compañeros que le ayudasen en el ejercicio de la caridad, y tomando su talego salia por las calles pidiendo limosna para los enfermos; su fórmula ordinaria era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.* A vista de esta caridad se animó la del pueblo que así como la nobleza acudia con sus limosnas al sostenimiento de aquella primera casa, que llegó á ser en poco tiempo la admiracion de toda la ciudad y de cuantos forasteros la visitaban.

Necesario era, señores, que Juan de Dios sufriese tambien tribulaciones de las que no están libres las almas justas. Si bien la generalidad le miraba con el mayor respeto y veneracion, viendo en él un varon verdaderamente evangélico, y un modelo de caridad cristiana, no faltaba tambien quien juzgase de otro modo diverso acerca de su conducta. Empero nada importa que al pedir limosna para su hospital á un caballero, este le desprecie y le dé por contestacion una recia bofetada; el santo con admirable paciencia le presenta el otro carrillo, accion que fué suficiente para obrar la conversion de aquel descreido.

El obispo de Tuy que se hallaba en Granada sien-

do presidente de la Chancillería, habia penetrado el gran espíritu del siervo de Dios, y hablando con él cierto dia le pregunta su nombre. A lo cual el santo con la mayor sinceridad y modestia, contesta: «El Niño Jesus que se me apareció camino de Gibraltar me llamó *Juan de Dios*. Pues bien, le contestó el obispo: *Juan de Dios te llamarás de aquí adelante.*» En seguida mandóle despojar de los andrajos que le cubrian y le puso el hábito que le habia mandado hacer, y que es el mismo que han seguido usando los religiosos de su orden.

¿Quién podrá espresar ahora los grandes favores que recibió del cielo en premio de su caridad? ¿Pero quién es capaz de investigar los secretos que versan entre Dios y sus escogidos? Mas no dejaré pasar en silencio el medio de que se sirvió el Señor para darle á comprender cuán agradable le era el ejercicio de su caridad. Pasando por una calle vé Juan un pobre que al parecer estaba en los últimos momentos de su vida. Lleno de compasion lo tomó en sus hombros conduciéndole á su hospital, donde le colocó en una cama, lavándole los piés, y al besárselos como tenia por costumbre, reparó que los tenia taladrados á manera de un Crucifijo: levantó los ojos para mirar el rostro del pobre, y conoció en el momento que era el mismo Jesucristo, el cual le dijo: «Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras á mí mismo: sus llagas son las mías, y lavas mis piés siempre que lavas los suyos.» En el momento desapareció la vision, y el santo quedó rodeado de una claridad tan extraordinaria, que alarmó á los enfermos creyendo todos que ardia el hospital.

Aquí teneis, M. A. O., un grano de mostaza convertido en árbol corpulento. Aquella casa de caridad instalada por Juan de Dios, fué el principio de la religion de la hospitalidad estendida despues por todos los paises católicos y que fué confirmada por el santo Pontífice Pio V en 1572.

A fuerza, pues, de tantos y tan caritativos trabajos y de las rigurosísimas penitencias en que se egercitaba, llegaron á agotarse sus fuerzas, cayendo gravemente enfermo. Armado de paciencia y lleno de la mayor resignacion esperó su última hora, edificando á cuantos le rodeaban. El arzobispo de Granada le administró los Santos Sacramentos, que recibió el Santo con la mayor devocion, y habiendo pedido que le dejasen solo, se levantó de la cama, hincóse de rodillas y abrazándose á un Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesus, Jesus, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, y entregó su alma en las de su Criador, siendo á 8 de marzo de 1550, el mismo dia que cumplia cincuenta y cinco años de su edad.

La forma de sus virtudes, y los grandes milagros que Dios hizo para acreditar la santidad de su siervo, movieron al Papa Urbano VIII á espedir la bula de su beatificacion el año 1630, y despues en el de 1690 el Sumo Pontífice Alejandro VII le canonizó solemnemente en la iglesia de San Pedro.

La caridad con que la ilustre orden que fundara atiende al cuidado de los pobres enfermos, sacrificando por ellos su propio reposo, no solamente hace gloriosa la memoria de este santo fundador, sino que nos hace recordar las espresiones del Espíritu Santo, con las que abrí y cierro el presente discurs-

so. «El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.» *Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.*

Ved aquí, señores, en estos santos asilos las obras de esos hombres á los que tanto calumnian y denigran los modernos reformadores. Afortunadamente la sociedad va conociendo la verdad y se inclina á amar lo que es digno de amar. A imitacion de nuestro santo héroe, comprendamos el espíritu del catolicismo, que es la caridad: practiquémosla con nuestros hermanos, y siendo felices en el tiempo, lo seremos mucho mas en la eternidad. *Amen.*

Una admirable es, señores, á mi vista el orden de la Providencia. Aquel Dios Omnipotente que no tiene semejante en el poder (2), determinó cuando le dio su voluntad soberana rodearse de una gloria accidentada el ennoblecimiento de su soberanía. Por eso que posturas ante su trono le rindiesen tributo de adoracion en reconocimiento de su soberanía. Por eso que por eso comencio á sus obras ad extra su gloria y su bondad. En tres clases se dividen estas obras del Criador: una puramente espiritual, y son los ángeles, otros puramente corporales, y son todas las cosas que admitimos en la naturaleza y que constituyen el mundo que habitamos; y la tercera mixta, y es

(1) Predicase en la iglesia de San Juan de Dios de Madrid el 21 de octubre de 1827.
(2) Ps. XXXIV, v. 20.